

CENTESIMUS ANNUS ENGANO

Aurelio Arteta

Si el Espíritu sopla donde y como quiere, del vendaval que arrecia últimamente en el Vaticano -Centésimus annus se llama- hay, desde luego, que guarecerse. El Romano Pontífice nos declara la guerra apostólica santa, y nada más natural que aprestarnos a hacerle frente. El caso es que ha cesado la tregua y ya se oyen las trompetas que anuncian la nueva cruzada de la cristiandad. Aún no sabemos si el reino de Wojtila está próximo, pero es seguro que quiere ser también un reino de este mundo.

I. No menos de treinta veces resuena en esta encíclica su melodía central: la causa última de todos los males de nuestro tiempo es el ateísmo: el remedio final para todos y cada uno de ellos estriba en la fe. Da igual que se trate de la concepción socialista del individuo (13), de la alienación consumista (41) o del problema ecológico (37); a su base siempre hallaremos el rechazo de la trascendencia. Para corroborarlo, sépase que el secreto oculto tras las recientes novedades (caída de los regímenes comunistas) no es sino el vacío espiritual dejado por el ateísmo (24), la confianza en Dios (25) o la potencia divina (62). De modo que "hay que repetir que no existe verdadera solución para la cuestión social fuera del evangelio" (5), al igual que la conquista de la justicia será un "don de la gracia que viene de Dios" (59).

Bueno, no parece fácil verificar esta interpretación espiritualista de la historia, pero el vicario de Cristo está en su papel y hasta en su derecho de pronosticarnos a los infieles el fuego eterno. Más peligroso es que se arroge una autoridad secular a partir de una manifiesta voluntad fundamentalista, integrista. Es decir -dejemos la palabra a Juan Pablo II-, aquella actitud en la que incurren "quienes, en nombre de una ideología, con pretensiones de científica o religiosa, creen que pueden imponer a los demás hombres su concepción de la verdad y del bien" (46). Difícilmente se hallaría definición más ajustada a su propio empeño. Y es que requisito de la auténtica libertad humana será la obediencia a la verdad sobre Dios y sobre el hombre (17,41), a la verdad natural y revelada (29), sin cuyo reconocimiento no hay garantía alguna de justicia (44). El concepto civil de libertad religiosa, erigida ahora en

fuente y síntesis de todos los derechos humanos (47), sale de la cabeza del Papa polaco tan maltrecho como irreconocible. Pues aquella libertad no ha de ser ya entendida como un derecho de cada cual a ser respetado en sus creencias o increencias, sino como "el derecho-deber de buscar a Dios, conocerlo y vivir según tal conocimiento" (29). Añádase, en fin, que la encargada de predicar aquella verdad sobre Dios, el hombre (54) y el mundo (51) no es otra que la Iglesia católica..., y ya tienen ustedes el cuadro completo de lo que se nos viene encima.

Fuera de la Iglesia no había salvación celestial; de ahora en adelante, ni siquiera habrá libertad en este mundo. ¿Quiénes son, pues, esos "hombres de buena voluntad" (60 y 61) a los que el sucesor de Pedro también se dirige? Únicamente los que perseveren en aquella condición intelectual y moral que la humanidad ilustrada decidió hace dos siglos abandonar: la minoría de edad.

Una sola de sus aplicaciones pondrá de relieve hasta qué punto ese integrismo religioso se revela, a las claras, como un nuevo totalitarismo. Un totalitarismo teocéntrico, para ser exactos. ¿Acaso no es propósito confesado del Papa que la antropología (y otro tanto cabría decir de la sociología, economía, filosofía moral y política...) vuelva a su antiguo oficio de ancilla theologiae (55)? No importa, pues, mantener -a despecho a Platón o de Stalin- que "el totalitarismo nace de la negación de la verdad en sentido objetivo" (44), trascendente y última (45,46). Lo que importa es condenar, desde el totalitarismo de la verdad cristiana, cualquier otro totalitarismo de la mentira. Uno de ellos podría ser la misma democracia, cada vez que considere que "cuantos estén convencidos de conocer la verdad y se adhieren a ella con firmeza no son fiables (...), al no aceptar que la verdad sea determinada por la mayoría o que sea variable según los diversos equilibrios políticos" (46). Tal parece el programa que el Estado pontificio sugiere a todos los demás: que la inmanente razón pública se subordine a esa misteriosa verdad trascendente; esto es, que la democracia deje paso franco a la teocracia.

II. Con la seguridad de quien se sabe

Artículo tomado del periódico "El País", publicado en España, el 28 de mayo de 1991.

Consideramos que se trata de una crítica interesante a la encíclica papal "Centesimus annus", de Juan Pablo II y abre la posibilidad de reflexionar y discutir sobre ese documento.